



Waldo Chávez Velasco

Nació en San Salvador el 24 de octubre de 1932. Publicó *Cuentos de Hoy y de Mañana* (Primer Premio Certamen Nacional de Cultura, 1962).

Ha escrito y publicado poesía y teatro, en este último género tiene varias piezas inéditas.

En la actualidad es Director del Diario *El Mundo* de San Salvador.

EL CRIMEN

— I —

“¿Habremos seguido el camino más justo? ¿Los grandes hallazgos técnicos corresponderán a iguales conquistas en el campo de los valores morales? ¡No!, ¡mil veces no!”

Así empezaba el editorial del periódico, escrito esta vez por el Reverendo Parkison. Y continuaba: “Conocemos ya los planetas de nuestro sistema; estamos tratando de ponernos en contacto con las estrellas de tipo espectral G, para ver si en ellas se ha desarrollado la vida inteligente; las máquinas realizan todos los trabajos manuales y de cálculo que nuestros antepasados efectuaban ellos mismos. Todo esto está muy bien. Pero, ¿y el espíritu? Por todas partes se ha incrementado la maldad y el egoísmo y el olvido a los grandes preceptos enviados a los hombres por Dios, nuestro Señor. Los índices de criminalidad van en continuo aumento, todos nos hemos horrorizado por esos execrables casos de antropofagia que la policía descubrió recientemente, las estadísticas de los divorcios revelan una verdadera degradación familiar, etc. Y es dolorosísimo que esta humanidad que se enorgullece de sus científicos, haya descendido tanto espiritualmente. Pero hay que tomar medidas serias: los autores del canibalismo deben ser descubiertos; la criminalidad, en general, debe perseguirse; la vida humana tiene que ser defendida, dignificada...”

El editorial fue muy comentado, aun cuando ya se sabía en qué se iría a parar: mayor vigilancia de parte de la policía, arrestos, campañas de moralización pública a través de todos los medios de publicidad, etc. Y aun esto se llevaría a cabo sólo porque se aproximaban las elecciones para los miembros del Consejo de la Liga Terrestre. Después de ellas, todo volvería a ser lo mismo.

— II —

La luz de la luna daba una coloración láctea a la atmósfera, volviéndola casi irreal. Habría preferido la penumbra, porque ésta permitía avanzar sin precauciones, mientras que la claridad obligaba al sigilo. De todas maneras tuvo suerte porque, cuando la encontró en el jardín de su casa, ella estaba dormida y su cuerpo desnudo se extendía, inmóvil, sobre la hierba. Era tan hermosa que se vio obligado a contemplarla con admiración, sintiendo hasta un poco de pena al mirarla tan indefensa e inocente. La pobrecilla seguramente, como se acostumbraba a menudo, había salido a dormir a la intemperie para librarse del calor. Su carne blanca era suave, atractiva, voluptuosa, pero él no pensó en ello.

El crepitar de una rama pareció sobresaltarla, y él se detuvo, conteniendo la respiración. Mas no se despertó. Entonces, con diabólica serenidad, poseído por un impulso irrefrenable, le inyectó el narcótico que hizo su efecto instantáneamente. La piel de ella, más tranquila, adquirió un color rosado pálido que la embellecía más, y él, acercándose, la mordió con fuerza, experimentan-

do un sádico placer con los convulsos, desesperados e inútiles movimientos de su víctima...

Murió muy pronto y él siguió devorándola, hasta saciarse. Luego ni siquiera se preocupó por ocultar los restos del cadáver, y en su cerebro endurecido no había espacio para la compasión. Ahí quedaron, pues, descomponiéndose, los restos de la pobre oruga, mientras el escorpión regresaba a su madriguera, satisfecho. Pero no alcanzó a llegar porque, a medio camino, fue devorado por un ave rapaz.

EL DESCUBRIMIENTO

Cuando la atravesaron, la ciudad estaba llena de gallardetes y banderas, y por las calles los vecinos se abrazaban descaradamente. Parecía imposible que unos días antes hubiera habido discusiones interplanetarias tan violentas, aunque, como siempre, por motivos nimios. Pero sucedía así todo el tiempo: el día del aniversario se celebraba una especie de tregua, y la gente se sentía contenta del prójimo, bailaba con los desconocidos y cualquier forma que tuviera apariencia homínide le parecía hermosa: una fraternidad universal tendía a realizar los sueños de los antiguos fundadores del cristianismo. Antes de que se suspendieran definitivamente todas las guerras, había un tácito armisticio el día de la conmemoración. Cuando se llegó a la efectiva unión de los planetas de tipo espectral G de nuestra galaxia, las contiendas bélicas resultaron absurdas, pero, naturalmente, ello no quería decir que se hubieran borrado de un solo todas las diferencias. Los descendientes de las razas primitivas (Taucetianos, Argineses, Marcianos, Terrestres, Epsilonianos, etc.), a pesar de su relativo atraso, presumían de sus orígenes frente a los mestizos, quienes, a su vez, no perdían ocasión de demostrar su superioridad mental. El día del aniversario, repito, todos semejaban niños en su primera tarde de vacaciones.

El turbomóvil, lentamente, cruzó por las calles centrales e ingresó en la zona del puerto. El motorista se sentía muy contento de llevar a personajes tan importantes, y conducía con mucha prudencia. A su lado iba sentado el Secretario de Relaciones Públicas de la Unión Galáctica (U.G.), y atrás nada menos que el Secretario General, su esposa y su sobrino, un mozalbete que parecía muy fastidiado de usar un vestido tan limpio. Y es que ahora se cumplían 365 años de la fecha del descubrimiento, es decir, como si un año terrestre se hubiese multiplicado por sus propias revoluciones. Por eso se había dispuesto dar un especialísimo realce a las celebraciones, y llevar a cabo una Asamblea General de la U. G. en la isla terrestre donde desembarcaron y que, como sabemos, había sido declarado monumento de importancia galáctica.

El coche llegó a la entrada de la carretera interoceánica y se detuvo a esperar que les asignaran pista y les entregaran el parte meteorológico. Esta carrete-

ra tenía entonces 18 pistas sobre-elevadas al nivel del mar (nueve para ir y nueve para venir) y 12 submarinas. Como ahora, se usaban siempre a voluntad, a menos que hubiese mal tiempo, en cuyo caso debía recurrirse a las segundas. En cada pista debía mantenerse, obligatoriamente, una determinada velocidad, y las asignaban de acuerdo con la intensidad del tráfico y la potencia de los vehículos, mas a los turbomóviles oficiales les permitían elegir. El motorista, pues, se decidió por un túnel de 1200 millas de velocidad (“chi va piano va lontano”, se dijo refunfuñando un antiquísimo proverbio), penetraron en la pista submarina, apretó el acelerador hasta que en pocos kilómetros las agujas del velocímetro señalaron exactamente las mil doscientas millas, y entonces conectó el piloto automático, desentendiéndose del coche porque sabía que el radar de dirección era mucho más eficiente que sus propios medios. El Secretario de Relaciones Públicas iba tratando de aprender, de memoria, su discurso que sería el plato central de los festejos. “Inmerecidamente he sido designado para tomar la palabra en la conmemoración del día grandioso... ¿Grandioso o glorioso?”, se preguntó y, con disimulo, extrajo del bolsillo el texto del discurso para comprobar la frase. Una vez satisfecho, siguió repitiendo mentalmente. La esposa del Secretario General se empeñó en dar a su sobrino una lección de historia, y al principio éste puso cara de mártir; después se dedicó a pensar, por su cuenta, en las competencias de cohetes X7 del domingo próximo. De pronto, por molestar ya que sabía que era un punto álgido, preguntó aparentando ingenuidad: “¿Y es cierto que él no se dio cuenta de lo que había hecho?” La tía le miró colérica, quiso buscar la ayuda de su marido para responder a tal impertinencia, pero el otro le respondió con un ronquido, porque se había adormecido en cuanto ella comenzó su charla.

Y, sin embargo, tal vez no era del todo una impertinencia. Además, aunque hubiese sido cierto, ¿qué importancia podía tener? Por lo menos es lo que yo pienso. Sé que Cris, aquella tarde de hace más de 365 años terrestres, estaba muy lejos de imaginar la tremenda revolución que produciría en las relaciones interestelares. Y su hijo todavía más. Cris, hasta entonces, había sido sólo un buen piloto que comandaba aeronaves de transporte en la línea que iba desde Epsilon Eridani hasta las estrellas de Orión. Se usaba entonces la ruta directa que ahora designamos con el nombre de “el viejo camino”, y que alguna vez sirve para vuelos deportivos. Es una ruta peligrosa por las frecuentes lluvias de meteoritos y por los bruscos cambios de gravedad. Por eso entonces los pilotos eran bien pagados. Además, desde que perdió a su esposa, creo que Cris se había vuelto más intrépido, y esto no quiere decir que no amase a su hijo o que no pensase en el porvenir del chico: prueba de ello es que había suscrito una póliza de aseguración, de cuotas muy altas, en favor del niño. Todo iba bien o, al menos, normal, cuando aquella idea comenzó a horadar su cerebro, primero como una gota de agua y, muy pronto, como un pájaro carpintero: “¿y si hubiera otra ruta menos peligrosa para ir a Orión, aunque fuese más larga?” Lo comentó en el Casino de pilotos de primer grado, con un poco de vergüenza pues era algo demasiado obvio. Los otros le prestaron atención con amabilidad. Luego comenzaron a cansarse cuando, después de cada viaje, Cris volvía a insistir sobre el argumento, y en seguida lo aislaron como se hace con los apestados o con los aburridos. Para cualquier otro, esto habría sido más que suficiente, pero Cris tenía una terquedad a prueba de cualquier fuerza magnética, y sus primeras vacaciones las aprovechó

para ir a plantear el asunto a los directivos de la compañía de transporte. Como no le hicieran caso, fueron, con su hijo, a la capital de Epsilon, para tratar de conseguir una audiencia de los dirigentes del gobierno. Un reportero joven, con muchas ganas de hacer carrera, pescó a Cris en un bar y publicó varios artículos en el periódico telepático, los que, gracias a su fina ironía, presentaban al piloto como a un estafalario navegante que creía (¡ja, ja!) que el espacio exterior a las constelaciones conocidas podía recorrerse como quien da una vuelta por el propio jardín de su casa. Cris renunció a su empleo. Con sus ahorros compró una vieja nave espacial, para dos personas, y se dedicó a ir de estrella en estrella, exponiendo su idea, sus modos de realización y las ventajas que se obtendrían. El magnesio, el cobalto, el estroncio y los otros minerales de Orión (especialmente los de Aldebarán) eran tentadores, claro, además de ser indispensable para la vida cómoda de las estrellas superiores; a causa de sus excesivos riesgos, los viajes por la ruta normal eran poco frecuentes. Sin embargo en todas partes recibieron a Cris con cajas destempladas, lo que, en nuestro tiempo, no deja de causar alguna extrañeza. Pero hay que pensar que, con todo y los notables adelantos de que nos hemos dado cuenta posteriormente, en las estrellas superiores existía un desconocimiento casi integral del espacio exterior y, además, una buena cantidad de leyendas y supersticiones: mundos habitados por terribles monstruos, microbios estelares de terrible virulencia, etc. En el Museo Cosmográfico de Tau Cetí, por ejemplo, todos hemos sonreído alguna vez frente a la ingenuidad de los mapas estelares que se poseían antes del descubrimiento, mas no seríamos objetivos si no los justificásemos con los escasos medios técnicos de que disponían nuestros antepasados. Cada negativa a financiar una expedición, era un nuevo incentivo para Cris, porque esto se llegó a convertir en algo personal, en una batalla consigo mismo y con el mundo. Existe, también, otro aspecto en el que he meditado largamente: las relaciones entre Cris y su hijo. Supongo —y hay documentos a mi favor; por ejemplo, cartas que he podido examinar personalmente por cortesía de la Filмотeca Central de marte— que Cris sentía miedo de que su hijo le considerase un loco o, peor aún, un fracasado. Una vez, sin embargo, cuando llegaron a Lau (y esto es notorio porque el chico, ya adulto, lo contó en una serie de artículos que publicaron casi todos los noticieros espaciales), Cris preguntó al muchacho si deseaba regresar a Epsilon Eridaní e internarse en un colegio. “Después de que encuentres la ruta, papá”, le respondió, y el padre “volvió a ver hacia otra parte por temor de que me diera cuenta de lo emocionado que estaba” (véase el tercero de los artículos citados). En la estrella Sigma 123 (la que hoy lleva el nombre del descubridor, situada en el paralaje 0' 23") les recibieron bastante bien y tuvieron suerte en ganarse la amistad de una especie de consejero de los Gobernantes Máximos, quien les consiguió una audiencia. Cuando entraron al palacio de cobalto, Cris tuvo la intuición de que aquí todo sería mucho más serio que en otros lados, porque en la Sala Gris le esperaban los dos Gobernantes (ella y él) acompañados de un comité de sabios. Y empezó la discusión. Cris empezó a hablar de las ventajas que traería consigo el descubrimiento de una nueva ruta, pero le interrumpieron pidiéndole brevedad, puesto que los beneficios los conocían todos perfectamente. Cris había trabajado mucho trazando planos, imaginando centenares de problemas que encontraría y sus eventuales soluciones. Había pasado muchísimo tiempo en la central de calculadoras electrónicas, em-

pleando hasta tres máquinas a la vez. Pero los científicos de Sigma echaron por tierra una gran cantidad de variantes, constantes, planes y respuestas. La objeción más seria era, naturalmente, la de los puntos de orientación y el cálculo de distancias. Se sabe que cualquier medida es siempre un dato convencional referido a algo sobre lo que se posee absoluta o aproximada certidumbre. Pero, desconociendo casi todo lo del espacio exterior a las constelaciones propias y próximas, a pesar de las innumerables e inteligentes hipótesis formuladas por tantos sabios, ¿en base a qué puntos de referencias podría establecerse una guía, un programa de vuelo, etc.? Cris se defendió lo mejor que pudo y, considerando las eminencias a las que se enfrentaba, hay que confesar que lo hizo muy bien. Por último, el comité decidió estudiar el asunto y emitir, en breve, su fallo: lo que era ya un triunfo puesto que, en general, siempre les habían dicho que no a las primeras palabras. Con todo, la confianza que el pueblo había demostrado a sus dos Gobernantes Máximos permitía a éstos no sólo la posibilidad de una gran influencia sobre el comité sino hasta la capacidad de revocar una decisión del mismo. La función de éste, pues, era puramente consultiva, pero Cris creyó adivinar una cierta buena voluntad de parte de los Gobernantes, lo que se reafirmó cuando les invitaron a hospedarse en el Palacio. “Os agradezco”, dijo Cris, “pero... somos apenas un pobre piloto y su hijo. No quisiéramos molestar”. La señora se acercó al niño y le acarició los cabellos. “No es fácil conseguir hospedaje en Sigma”, contestó; “se aproximan las fiestas estelares. Espero que aquí estaréis bien”. Entregó su mano a su compañero de gobierno, y ambos se retiraron. Al día siguiente Cris se levantó un poco tarde, cansado del viaje, y se sorprendió al no encontrar al chiquillo en la habitación. Salió a buscarle y se tranquilizó al verle en el patio, en compañía de la señora. Y el diálogo entre ambos lo saben actualmente, de memoria, todos los escolares: “Si tu padre hiciese el viaje, ¿no te daría miedo? Si no regresa te quedarías solo”. “No”, dijo el menor, “mi padre regresará cuando haya obtenido lo que busca”. Y estas palabras fueron decisivas (al menos eso declaran los románticos de la historia) porque la señora sabía que los niños no suelen equivocarse en las cosas que les son esenciales.

Y aquí empezó la “Odisea”, podría decirse, evocando al antiquísimo poeta que vivió en el ochocientos a. C., es decir, hace más de 3600 años. Cris partió al mando de las tres naves y de las escasas tripulaciones que le confiaron. Lo demás ha sido demasiado repetido en los microfilms y las bandas magnéticas que se utilizan en todas las escuelas. Por mucho tiempo las tres astromares ambularon, guiándose más por la imaginación que por los instrumentos. En los relojes atómicos el tiempo avanzaba, retrocedía, se mantenía fijo a ratos, burlándose de los astronautas. El radamentor era un simple espejo sin imágenes. La radio dejó de funcionar. Los cambios de atmósferas y gravitaciones obligaban a un continuo relevo junto a los aparatos de control interno, porque los automáticos parecieron enloquecer al principio y muy luego se atascaron. En su habitación, Cris trazaba, lo mejor que podía, la ruta que, más o menos, habían seguido, pero a un cierto punto se desconcertó completamente. A esto vino a añadirse el problema de las tripulaciones. Todos provenían de Sigma y tenían experiencia sólo en viajes cortos sobre modestos paralajes. Habían acatado las órdenes de los Gobernantes Máximos recurriendo a todo su sentido de la obediencia, pero está claro que a nadie le había gustado un

vuelo de esta especie, ni navegar bajo las órdenes de un señor que antes había sido rechazado en todas partes. Y el malhumor no tardó en manifestarse. Primero se reducía a murmuraciones, a pleitos entre ellos; pero rápidamente fueron tomando más confianza e insolentándose... Hasta que estalló una verdadera y propia sedición, como no se tenía recuerdo en toda la historia de las constelaciones superiores. Cris amenazó, pidió, suplicó, pero no había manera de convencerlos a proseguir. Y entonces recurrió al engaño de fingirse muy seguro de sí mismo: les presentó la ruta que habían seguido, con todos sus detalles (muchos de ellos inventados, como era natural) y les hizo compararla con otra "original" exactamente igual a la anterior. "Por lo menos", se dijo, "van a pensar que sé muy bien lo que estamos haciendo". Las tripulaciones deliberaron, hubo algunas discusiones fuertes y, finalmente, acordaron señalar un plazo. Y Cris tuvo que aceptarlo, porque lo contrario habría sido un suicidio. Hacia esas fechas entraron en las zonas de las gravedades distintas que les sobresaltaron cada vez más, en ocasiones llenándoles de esperanzas. Si el *radamentor* no se hubiera averiado, posiblemente habrían registrado, muy rápidamente, no la realización de los propósitos que llevaban, pero sí las primeras observaciones de un sistema nuevo. Sin embargo pasaron, sin darse cuenta, frente a las atmósferas de seis planetas, hasta que entraron en la órbita del séptimo, y, a ojo vivo, pudieron contemplarlo, mientras el grito de un tripulante señalaba el "día glorioso", como dirá dentro de un rato en su discurso el Secretario de Relaciones Públicas de la Unión Galáctica. Cris, en efecto, no llegó a saber nunca que, en vez de una nueva ruta hacia Orión, había realizado nada menos que el descubrimiento de la Tierra y de un nuevo sistema, el catorce de octubre del dos mil cuatrocientos noventa y dos.

EL REFUGIO

I

—“¿Atrapará algo el viejo?”

—“¡Ojalá”, contestó Red, mientras repartía las cartas para el póker, y los otros aviadores cruzaron los dedos detrás de la espalda. “El viejo” era el Comandante Nolson, de la zona IV, es decir, de una de las bases de vigilancia aérea que los Estados Unidos habían montado en Alaska, frente al territorio soviético. Nolson era un fanático de la caza. El lugar abundaba en zorros, y en los últimos tiempos el trabajo de los técnicos del radar y de los aviadores se había vuelto completamente rutinario. La posibilidad de una gran guerra mundial era cosa de locos, y si, como se esperaba, rusos y yanquis firmaban pronto el acuerdo ya elaborado, llegaría la orden de desmovilización. Permanecía sólo, mientras tanto, la amenaza de un error de cálculo de ambas potencias, pero, ¡vamos!, a cualquiera le puede caer un ladrillo sobre la cabeza

y no por ello vamos a salir todos con sombreros blindados. Para controlar los vuelos de los bombarderos supersónicos, bastaba el Coronel Rower, el segundo jefe ("El Esclavo", como le llamaban), por lo que, al menos dos veces a la semana, el Comandante se iba de cacería por los alrededores, y su humor dependía de los resultados. Si no regresaba siquiera con el cadáver de una pobre foca, no había nadie que le soportara, y desde Rower hasta el cocinero maldecían a toda la fauna animal por no haber designado algún representante que se pusiera en la mira del fusil de Nolson. Cuando caía algún zorro, en cambio, podía obtenerse hasta permisos extraordinarios.

II

Nicolai tiró su abrigo de pieles sobre una silla y entró directamente al cuarto de controles, para ocupar su turno. Se había atrasado dos minutos, y al verle llegar su compañero suspiró y se despojó de los auriculares.

—“¿Qué dicen los colegas capitalistas?”

—“Nada”, afirmó el técnico con desgano. “Han estado hablando de mujeres”.

—“¿Será alguna clave nueva?”, dijo Nicolai cazarramente, mientras despedía al otro con un gesto.

Y se quedó solo, tratando de poner atención a los radiogramas que transmitían en la zona IV, situada al otro lado del Estrecho, a unas pocas millas del campamento ruso de vigilancia aérea. No se levantaba un solo avión ni se transmitía una sola palabra sin que el radar y los detectores de radio de la zona rusa los registraran cuidadosamente. Sabían, también, que los norteamericanos hacían exactamente lo mismo, y desde unos meses atrás tanto la cadena rusa de bases como la yanqui habían perdido casi toda importancia. Cuando el Parlamento norteamericano y el Congreso del Partido Comunista aprobasen el acuerdo (y ni el más pesimista se atrevería a dudar de que lo harían), de todas estas bases quedarían sólo los observatorios meteorológicos. “Pero mientras sucede, hay que cumplir”, refunfuñó Nicolai, mientras enviaba las órdenes de vuelo a los aviones que se encontraban en el aire.

III

Los niños esperaban, en fila, muy serios, con los ramos de flores en las manos. Una chiquilla rubia, de pronto, pareció muy impaciente. Se puso a golpear el suelo con el pie izquierdo, palideció, hasta que fue incapaz de resistir y abandonó la fila en dirección a la maestra. Los otros niños la miraron pasar, con una sonrisa irónica, pero no se atrevieron a hacer comentarios. La maestra se ruborizó, vio hacia todos lados, incómoda, y luego indicó a la niña la puerta de la “toilette”, hacia donde la pequeña rubia escapó de carrera, dejando el ramo en los brazos de la maestra. Regresó al poco rato, muy satisfecha, cogió las flores y retornó a su puesto.

Y no fue el único incidente que se produjo esa mañana, en el aeropuerto, mientras se esperaba el arribo de los científicos delegados por las dos poten-

cias mundiales, quienes examinarían el nuevo refugio antinuclear. Los norteamericanos llegarían a las 9 y 5 minutos. Los rusos, media hora después. Y el servicio de protocolo del país neutral había organizado cuidadosamente las ceremonias de recepción en base a estos horarios: Los fotógrafos y camarógrafos, los niños que entregarían un ramo a cada delegado, las palabras de bienvenida del Ministro de Relaciones Exteriores, etc. Pero, ya se sabe, los rusos gozan fama merecida de aguafiestas y adoran la espectacularidad, por lo que al capitán del Turbolev que conducía a la delegación soviética se le antojó batir un record de velocidad, y adelantarse nada menos que 30 minutos. Y así todo el programa de recepción se fue al infierno, y se plantearon un montón de problemas: “¿Qué himno sonar primero?, ¿cuál bandera se izaría en primer lugar?, ¿qué haría el Ministro con sus dos discursos?” Los periodistas se dividieron, formando dos grupos al pie de las escalerillas de los aviones, los niños hicieron lo mismo y faltaron ramos de flores a una delegación mientras le sobraban a la otra, etc., etc. El público, con todo esto, se divertía de lo lindo. Rusos y yanquis, en cambio, no descaban más que terminasen rápidamente esas trivialidades, para ponerse a trabajar.

Ambos grupos se apreciaban mucho y sentían mutuamente una amistad basada en el respeto. En cierto modo, además, eran los triunfadores, ya que, por cuanto ahora los políticos se vanagloriaban del acuerdo de desarme, éste no se habría producido sin la decidida intervención de los científicos. En efecto, ¿qué es lo que habían hecho los políticos hasta el momento en que se produjo la llamada “revolución de las cabezas de huevo”, como escribió el New York Times? La verdad es que, en ambos frentes, los políticos primero pidieron a la ciencia armas atómicas, luego armas nucleares, en seguida aparatos para transportarlas. Y después entablaron una lucha que tenía toda la apariencia de un juego de niños: “¡Construid un antimisil”, decía el Kremlin. “¡Fabricad un destructor de antimisil!”, ordenaba la Casablanca. “Entonces, ¡haced un proyectil que destroce, en vuelo, al destructor del antimisil!”, gritaban en Moscú. “¡Ah!, ¿sí? Pues ahora, queridos científicos democráticos”, arengaba Washington, “¡cread el rayo que deshaga al proyectil destructor del destructor del antimisil!” Hasta que los científicos norteamericanos y soviéticos, en una de tantas conferencias internacionales con las que los políticos trataban de calmar la opinión pública, se miraron las caras unos a otros, diciéndose: “Bueno, y nosotros ¿qué somos tontos?” Naturalmente era impensable una subversión o una resistencia declarada. A los sabios rusos los habrían enviado a los campos de trabajos forzados de Siberia, y los yanquis habrían tenido que comparecer ante el Comité de Investigaciones Especiales del Senado. ¡No! El plan de acción (al que se llegó por una especie de entendimiento tácito) fue mucho más inteligente, y empezó a desarrollarse en la competencia de conquistas espaciales en que ambos bloques estaban empeñados. En estos programas, los científicos eran también los caballos que los políticos agujoneaban desesperadamente: “¡Más!, ¡más rápido!, ¡tenemos que llegar primero que ellos!” Como con mucha ingenuidad, los científicos rusos comenzaron a quejarse de que, por las diversas direcciones que llevaban ambos programas, los norteamericanos habían obtenido cálculos de los cuales carecían los rusos: sin ellos los progresos, dijeron, tenían que ser muy lentos. “No se preocupen. Podían haberlo dicho antes”, dijeron los políticos comunistas, y

mandaron instrucciones urgentísimas a sus agentes del Servicio de Espionaje. Pero, por una "casualidad" (llamémosla así, porque no estaría bien sospechar que se hubiesen avisado) los científicos norteamericanos ocultaron cuidadosamente los cálculos que los otros buscaban. La misión de espionaje, entonces, fue un fracaso rotundo, y varios miembros del Servicio fueron llamados a Rusia, en donde les entregaron unos billetes para el transiberiano. A su vez, los yanquis informaron al Pentágono: "los odiados comunistas tienen un combustible sólido sensacional, del que no tenemos idea" y otras cosillas por el estilo. "¿Os inquietáis por una bobería como ésta?", preguntó el FBI, y, en clave, transmitieron nuevas órdenes a sus espías en Rusia. Pero, ¡oh el azar!, precisamente aquello que buscaban fue ocultado bajo siete llaves, y los agentes del FBI se vieron alcanzados por una brusca disminución de sueldo. Entonces los políticos cometieron el error de buscar la propaganda. La prensa rusa inició una fuerte campaña sobre "la ciencia es el patrimonio de toda la humanidad. Los yanquis son unos egoístas, al no participar al resto de naciones los informes de sus conquistas". La prensa norteamericana y las agencias noticiosas occidentales siguieron por el mismo camino, atacando a los "rusos egoístas", y todos tardaron en darse cuenta de que habían caído en la trampa, porque en la opinión pública (especialmente en la de los países neutrales) se popularizó el lema del "dando y dando". Y así se vieron obligados a colaborar, y cuando se comienza a trabajar juntos en alguna cosa, resulta fácil también el pensar en las otras...

El refugio antinuclear era, pues, uno de los tantos trabajos en colaboración. Los rusos habían fabricado aleaciones capaces de resistir un impacto violentísimo, equivalente al que se experimentaría a cinco kilómetros del epicentro de una explosión de 12 megatones. Lo que quería decir que, en caso de conflicto, en una gran ciudad, si caía una bomba de dicha potencia en sus calles centrales, con los refugios podrían salvarse los suburbios. Pero, como se sabe, quedaba planteado el problema de la radioactividad y de la nueva arma en la que las ondas radioactivas penetraban a través de los metales, del hormigón, etc., dejando intacta la materia inanimada pero destruyendo a los seres humanos. Y contra esto Springfield, el larguirucho profesor de Física de la Universidad de Harvard, descubrió su misterioso campo magnético, capaz de aislar integralmente casi un kilómetro cuadrado. Ambas invenciones, entonces, se complementaban. Pero como aún perduraban serias diferencias, se dispuso experimentar el refugio en un país neutral, y de los resultados dependería la construcción, a gran escala, en todas partes. Los habitantes del país neutral no se habían sentido muy contentos porque, aun cuando las pruebas del campo magnético se realizarían proyectando rayos contra el refugio, sin necesidad de explosiones, las gentes supersticiosas sostenían que, para probarlo, en una guerra el refugio atraería las bombas así como los espejos atraen los rayos en las tormentas eléctricas. Pero, de inmediato, el país fue tan llevado y traído en la prensa mundial, y el turismo aumentó tanto, que se conformaron. Para sacar más provecho del asunto (y en estas cosas los países neutrales han sido siempre especialistas), hicieron coincidir la llegada de los científicos con las fiestas locales. Y así se habían programado los diversos actos festivos: los bailes en las plazas públicas, los fuegos artificiales, los desfiles de carrozas, etc. Para el día de llegada, precisamente, el Municipio había organizado un estuendo festival nocturno en el que, en medio de bengalas y luces de colores,

se formaría un letrero de fuego con el siguiente lema: "El pueblo de L... presenta su saludo de esperanza a la ciencia", frase que había dictado el poeta vencedor de los juegos florales. Pero desde que les explicaron el programa, los científicos declararon, sin ambages, que ellos eran personas serias y que de ninguna manera estaban dispuestos a convertirse en un número de las fiestas; que agradecían tanta gentileza, pero que ellos habían llegado a trabajar y disponían de muy poco tiempo.

IV

Red esperó a que el avión hubiera tomado suficiente altura, conectó el aparato de vuelo y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Laver, el copiloto. Estaban a más de sesenta mil pies de altura, y en el interior de la nave la temperatura era agradable.

—“¿Tienes noticias?”, preguntó.

—“Sí”, dijo Laver. “Los malditos Gigantes ganaron ayer a los Indios de Cleveland. Siete carreras a tres. ¡Es inaudito!”

—“El peatcher es malo, yo lo he dicho siempre. ¿Y los Yanquis?”

—“Esos sí ganaron, como era de esperarse. Es por demás, el base-ball es cuestión de millones. Ellos tienen más dinero y, claro, compran a los mejores jugadores”.

—“Dicen que por Ted Williams pagaron sólo diez mil dólares”.

—“¡Cuentos! ¿Sabes que el martes Anes dio otro palo de cuatro esquinas? Batirá el record. Lleva ya 57”.

—“¡Qué va!, apenas 52”.

—“57, te digo. He llevado la cuenta”.

—“¿Apostamos?”

—“15 dólares”.

—“Vale. Llamaré a la estación; el telegrafista tiene siempre los records a mano”. Red conectó el aparato de radio: “Vuelo 1042, Vuelo 1042, llamando a la central. Paso”. La radio emitió un par de sonidos y luego se escuchó una voz confusa, algo aflautada: “La central escucha vuelo 1042. Hable. Paso”. “¿Cuántos palos largos ha dado Anes este año? Paso”. Esperaron un momento, hasta que la voz contestó: “57 palos largos hasta el martes. Paso”. “Muchas gracias. Cierro”, dijo Red, mientras Laver extendía la mano triunfalmente.

V

Nicolai escuchó la conversación y anotó la hora, comprobando en seguida si el aparato magnetofónico había grabado perfectamente. “Sólo se puede estar tranquilo cuando los yanquis hablan de base-ball”, pensó. Nicolai era aficionado al balompié, fanático del Dynamo, de Moscú, pero de tanto oír las

pláticas de los aviadores norteamericanos había comenzado a interesarse por el base-ball, a pesar de que en Rusia se practicaba poco. En el aparato de señales se encendió una luz roja, y Nicolai conectó rápidamente el teléfono interior: "El radar registra un avión no ruso, un bombardero nuclear grande". "Sí", contestó Nicolai, "acabo de registrar una conversación. Ninguna novedad". Y volvió a poner atención por si del aéreo volvían a utilizar la radio. Dos horas después, cuando ya se estaba aburriendo del silencio, empezó la tormenta.

VI

Al principio fueron pequeñas sacudidas, bruscos descensos que atribuyeron a los baches de aire. Red llamó de prisa: "Sí, se acerca una tormenta. Es mejor que se eleve. Seguiremos informando. Paso". Le tocaba el turno al copiloto, y éste movió hacia sí el timón, mientras la aguja del altímetro se movía hacia la derecha. Red fue a informar a los artilleros para que atasen bien sus cinturones de seguridad, pero a medio paseo cayó y tuvo que caminar a gatas, porque había comenzado el baile. Avisó a gritos y regresó dificultosamente a la cabina, ya que el viento los zarandeaba hacia todos lados. Tenían un margen de seguridad no muy grande, porque el bombardero podía ascender sólo hasta una determinada altura. Por más que subían no lograban salir de la tormenta, y el copiloto, asustado, llamó a la base: "¿Hay posibilidades de aterrizaje? ¿Hay posibilidades de aterrizaje? Paso". "No hay posibilidades de aterrizaje", le contestaron; "el viento ha destrozado dos aparatos que estaban fuera de los hangares. Manténganse en vuelo. Avise continuamente altura y latitud. Paso". Laver dio los datos requeridos, y piloto y copiloto se dedicaron a la lucha, llamando a la base cada cierto tiempo. El avión se había transformado en una gigantesca coctelera que las manos del viento agitaban a su antojo. Las estructuras crujían, pero todos estaban seguros de que resistirían. Sin embargo sabían que si la tormenta no cesaba pronto no tendrían muchas esperanzas. El avión llevaba seis bombas nucleares, pues era de los que permanecían casi constantemente en el aire, como medida de seguridad contra un ataque por sorpresa. Si la situación se ponía demasiado desesperada, los artilleros tratarían de quitar las espoletas, sin las cuales aseguraban que las bombas eran completamente inocuas. Pero, ¡vaya usted a saber!; todas las cuestiones nucleares se conocen sólo hasta cierto punto, y la verdad era que, al respecto, ni Red ni Laver las tenían todas consigo: una cosa son las pruebas en el laboratorio, y otras las que pueden suceder sobre la marcha...

Una hora después, la voz de la radio se fue debilitando, y los dos pilotos tomaron la decisión de llamar a la base rusa, solicitando información y permiso para aterrizar en un lugar cercano del territorio soviético. Pero no recibieron la menor respuesta. Entonces se dirigieron nuevamente a su base, y esta vez no escucharon ni siquiera el zumbido característico de la radio. Comprendieron así que la tempestad había destrozado la antena del avión, y Red comprobó que, además, los aparatos de dirección funcionaban muy mal. "¡Hay que quitar las espoletas de las bombas inmediatamente", gritó Red, y añadió: "Después nos encomendaremos a la buena de Dios. ¿Cuánto duraremos?" "Aunque el avión resista, tenemos combustible sólo para poco tiempo. ¿Adónde vamos?", preguntó Laver a su vez. Red dio una mirada irónica a los apa-

ratos de dirección, contestando burlescamente: "Pon la proa hacia Honolulu. De seguro nos van a estar esperando las chicas con las flores". Y se marchó, arrastrándose, para dar la orden a los dos artilleros a fin de que trataran de quitar las espoletas. Pero con tanto movimiento, ni siquiera sobre esto se hacía muchas ilusiones.

VII

Nicolai no perdió la calma, al oír la alarmada voz de su colega, el encargado del radar: "¡Un bombardero supersónico avanza hacia territorio ruso. El radar lo registra a pesar de la tormenta". "Sí", contestó Nicolai, "al principio pidió indicaciones a su base. Cuando comenzó a desviarse de su ruta traté de comunicarme con ellos, pero no contestan porque no pueden o porque no quieren". Y como era su obligación, apretó el timbre de alarma y las dos grandes salas de controles pronto fueron invadidas por técnicos y militares. Todos los aviones de la base rusa habían regresado unos momentos antes de que se iniciase la tormenta, gracias a un pastor que había enviado un telegrama desde un lugar situado a muchos kilómetros, porque la verdad es que los observatorios meteorológicos no habían señalado nada. El comandante informó inmediatamente a la base próxima; ésta, a su vez, a las otras, y en cuestión de segundos la noticia fue avanzando hacia Moscú, como si fuese transmitida por los tam tams electrónicos de una jungla moderna. Y el avión siguió avanzando...

Nicolai transmitió, esta vez muy nervioso, la orden del Comandante. Y soltaron los primeros cohetes, pero ninguno dio en el blanco: "¿Cómo diablos se puede guiar un proyectil con esta tormenta?", rabió el operador. Siguieron disparando, como en las ejercitaciones, hasta que el avión salió del campo del radar e ingresó en el de las otras bases, en donde le recibieron con las mismas salvas de saludo.

VIII

Los científicos se dividieron perfectamente el trabajo, formando grupos mixtos. Unos atendían los aparatos electrónicos, regulando cuidadosamente los circuitos; otros revisaban las materias químicas que habían sido acumuladas en las bodegas, los alimentos, el agua, etc. Si se mantenía el mismo ritmo, en unos cuatro o cinco días habrían terminado completamente la revisión y habrían podido presentar su informe. Eso sí: necesitarían hacer jornadas superiores a las ocho horas, pero como estas cosas tenían para ellos la atracción de los juguetes nuevos, ninguno se preocupaba. Dispusieron no salir, para examinar las reacciones psicológicas frente al aislamiento, con lo que podrían ampliar considerablemente su informe.

IX

A los habitantes de la ciudad, la noticia de que los científicos permanecerían todo el tiempo en el refugio, les cayó como una piedra en el estómago. Después de las declaraciones no esperaban ya mucho, pero sí que trabajarían

parte del día y que, por las noches, girarían por la ciudad, de modo que todos los habitantes o los turistas podrían verles o conversar con ellos. La mayor parte de los científicos tenían nombres de tanto relieve mundial, que sus simples presencias eran ya motivo de cierta atracción. Los periodistas de las agencias internacionales abandonaron la ciudad, porque el material que les interesaba se había agotado: no se puede estar repitiendo diariamente que unos señores no han salido todavía de un refugio (por muy antinuclear que sea) a menos que éstos estén tratando de batir algún record de claustrofilia. Alguien de la ciudad, entonces (algún cohetero, posiblemente, ya que su ramo era de los más perjudicados) lanzó la voz que se trataba de un deliberado desprecio a la fiesta local, y la expectación se tradujo en franca antipatía. Si los científicos hubiesen salido, seguramente habrían escuchado en las calles una multitud de silbidos. “De todas maneras”, se dijeron los habitantes, “por unos engréidos no vamos a perder nuestra fiesta”. Estallaron los primeros cohetes, de acuerdo con el programa, empezó la fiesta, y como el vino era abundante, muy pronto todos comenzaron a sentirse muy contentos.

X

Cinco horas después de haber empezado el trabajo, cuando era ya de noche, hicieron la primera pausa y se sentaron, en rueda, a conversar. Las pruebas del campo magnético se iniciarían hasta la mañana siguiente. Algunos rusos enseñaban a los norteamericanos las fotografías de sus hijos; otros se habían decidido, por tomar ya el primer aperitivo, aprovechando la botella de whisky que un yanqui había tenido la buena ocurrencia de llevar en su equipaje. Alguien encendió un pequeño transistor (al día siguiente el campo magnético les comunicaría por completo), en el que transmitían músicaailable. Pero, como sucede siempre en estos casos, no tardaron en enfrascarse en polémicas científicas. Hasta que las pláticas fueron interrumpidas por un robusto profesor de química, quien llamó la atención de todos hacia el transistor. La transmisión normal se había suspendido, para radiar un boletín: “Se informa de Moscú que un bombardero atómico norteamericano avanza por el territorio soviético. La Casablanca afirma que no ha dado alguna orden de ataque, pero la situación internacional es peligrosísima. Se aconseja tomar las precauciones correspondientes. El aparato no responde a las llamadas de radio, y una tempestad efectivamente impide que puedan acercársele otros aéreos. Seguiremos informando”. Todos volvieron a verse, pálidos. “El error que temíamos”, dijo un norteamericano. “Esas malditas bases eran un polvorín”, y los otros asintieron gravemente. Abandonaron, despacio, el refugio, y al salir encontraron la noche oscura y el silencio. De pronto una luz vivísima iluminó el firmamento y todos los científicos corrieron hacia el refugio, cerrando la puerta tras del último. Alguien conectó inmediatamente el campo magnético. Varios norteamericanos se arrodillaron a rezar, y ninguno de los rusos se atrevió a sonreír porque, evidentemente, había comenzado la tercera guerra mundial

XI

Ocho días habían pasado sin comunicaciones con el interior, y el campo magnético impedía efectivamente la penetración de cualquier onda. Todo el

refugio había funcionado como lo esperaban. Además entre ellos no habían discutido ni mucho menos habían tratado de culparse unos a otros. Al contrario, aceptaron su personal responsabilidad y, en el interior de sus conciencias, cada uno se reprochaba: “¿Y si me hubiera resistido cuando me ordenaron que realizase aquella fisión?”, “¿y si hubiese roto aquella fórmula, al saber los peligrosos resultados que produciría?” Al reunirse, en cambio, se plantearon seriamente la terrible tarea que les esperaba. Calcularon, lo más objetivamente que les fue posible, los daños que habría producido la *contienda nuclear* y la pequeña parte de la humanidad que tenía posibilidades de supervivencia: tribus salvajes de Africa, seguramente; algunas otras del Amazonas... ¿a lo mejor?... ¿tal vez...? Y se establecieron bandos entre los optimistas y los pesimistas. En cualquier caso, la noticia de la radio habría debido permitir que muchos se refugiasen, aunque sin campos magnéticos no se podía esperar demasiado. ¿Cuántas mujeres se habrían salvado? En esos momentos la pregunta era angustiada y carecía de sensualidad: se trataba, sencillamente, de que la vida humana debía continuar, reconstruirse. ¡Hacer un nuevo mundo!, ésa era la labor. Y ellos deberían abandonar el Arca de Noé de su refugio para empezar a realizarla. Y sobre casi todo se pusieron de acuerdo con bastante rapidez.

A los ocho días, entonces, dispusieron salir fuera del campo magnético, a comprobar el índice de radioactividad. Por precaución, decidieron que saliese uno solo, con su traje protector, y todos se ofrecieron como voluntarios, demostrando así que el nuevo mundo se caracterizaría por la generosidad. Según todos los cálculos, la radioactividad debería haber disminuido considerablemente, y algunos días después existirían ciertos márgenes de seguridad: mas comprobarlo implicaba siempre algún riesgo. Tuvieron que tirarlo a la suerte. El favorecido regresó radiante, pues los resultados eran mejores de los que se esperaban, ya que los índices parecían normales. Todos se prepararon, vistiendo sus trajes protectores, con determinación, sin miedo, conscientes —como herederos de la humanidad destruida— de que faltaría el tiempo para forjar el porvenir. Desconectaron el campo magnético, abrieron la puerta metálica y salieron al abierto.

XII

Hasta al día siguiente averiguaron que el bombardero había conseguido aterrizar, en Novosivirsk, sobre una siembra de nabos. A los pobres aviadores los estaban procesando, a pesar de que insistían en afirmar que no tenían la más mínima culpa.

Del resto, ninguno de los científicos habló jamás. No dejaba de ser penoso, o al menos incómodo, que una simple quema de fuegos artificiales, en una fiesta tan reputada como la del país neutral, hubiese ocasionado tantas *confusiones*.

